

Vida de otros

(o cómo el acto de ser
uno mismo puede
ser una catástrofe
inminente)

Brenda Ríos

Escribir puede enloquecer a las personas. Deben llevar una vida apacible, holgada, burguesa. Si no, enloquecen.
—Clarice Lispector

POR ALGUNA RAZÓN INCOMPENSIBLE, o por muchas razones incompensibles, están los escritores. Los narradores. Vinieron para contar. ¿Para qué? ¿A qué viene todo esto de contar algo a alguien? ¿Y si es verdad que enloquecen? Había una vez un señor llamado Alonso Quijano. Terminó confundiendo la realidad con lo que leía. Él contaba una historia, su historia. Y no estaba solo. Para hablar de él tuvo que hablar de muchos más. ¿Podemos acaso confiar en quien cuenta algo? No me contesten de manera inmediata. El narrador es nuestra fuente de fe. Inagotable. Sólo porque está ahí y nos dejamos llevar. A donde quiera el señor. El señor narrador, digo. El héroe se convierte en antihéroe: no hace lo que se supone que tiene que hacer, no dice lo que se supone que tiene que decir, no encarna nuestros valores excelsos.

Ésta, la novela de Édgar Pérez Pineda, es una falsificación de la vida peculiar de un individuo “tan ambiguo en lo límite de sí”, Domínguez Domínguez Huerta Cisneros, en ocasiones llamado por su narrador “Domi”, diminutivo que ridiculiza aún más de por sí a este personaje





apocado. En esa ambigüedad el lector se sitúa de lejos, en una escala superior, viendo la vida y obra hecha de pequeñeces de Domi desde un balcón moral. Para lograr esta supremacía el narrador contribuye con este marcaje personal en la figura de su protagonista, en sus detalles ridículos, rocambolescos. La vida suya, la de él, es una extraña relación triádica: por un lado está Maribela, su mujer; por el otro, el aparente amante de Maribela y rival de Domi: Iturbide. La obra podría ser un melodrama típico. Una deliciosa novela hecha de comentarios jocosos a costa del cornudo. Una comedia de enredos. Un triángulo amoroso sumido en la desesperación de las pasiones sin tregua. Pero no. El narrador nos da otra ocasión fuera de géneros previsibles: un extraño relato visto desde afuera hacia el *muyadentrosentir* de nuestro personaje, que de tan patético es conmovedor. Incluso las historias más chocarreras o explayadas se convierten en conmovedoras: así como hablamos de humor involuntario, aquí existe la conmoción involuntaria.

Han abusado de Domi todos y de muchas maneras; él mismo ha abusado de sí mismo, dejándose llevar por vericuetos sentimentales y caminos tortuosos. La madre lo hundió queriéndolo salvar. La mujer se pavonea con su amante frente a él. Una indigente que pide comida abusa de él. Un domingo, mientras rumia que su mujer se fue con Will Iturb (Iturbide), llega una mujer a su puerta para ofrecer la palabra de Dios, y él pensaba en todo mientras ella estaba ahí, pensaba en su vida, pensaba en las decisiones tomadas, pensaba en las piernas de la samaritana:

También quedó incierto entre el repudio a ese oportunismo y la visión deliciosa, más concreta, de las piernas brillantes de nylon, muy decorosas, a punto de rasgarse la textura en las rodillas, el aire sexual que no puede ocultar esta señora y su recato, la punta roja del pulgar de sus pies, tanto caminar, llevar mensajes de esperanza, tanto bailar chachachá, quizá le gustara lamentar.

De las tantas escenas que podríamos abstraer una de las más simbólicas es la de Domi llevando a una mujer —que sólo cuando ella se levanta se


da él cuenta de que es coja— al taxi. Es una escena de una ética tan fresca como reprochable, lo que la hace más comprensible que si se hubiera permitido la hipocresía:

Consideró inminente la vergüenza de salir a la calle como consorte de la que nadie quiere por clueca, como si estar involucrado con esta mujer denunciara de él igualmente torceduras, pero de su vida y su carácter. [...] Años más tarde comprendió cómo aquella mañana la mujer le transfirió el peso de su estigma, cómo él cargó la cruz de Rosaurio. [...] Ella exhibió el acto como si de verdad un gran amor los uniera; éste le ayudó a empacarse las alambicadas piernas en el coche, recibió caricias, evidente falsa ternura, entre ambos sostuvieron la escena, el peso crítico del público que les tocó, un público de albañiles con el derecho de los marginados a ranciar el decoro.

En la humillación nuestro héroe no paga lo que tiene que pagar: su carga aumenta, la carga que tiene él en sí mismo, en el caudal de cosas que se dice. En el nombre de la mujer —de “capacidades diferentes”, dice nuestro discurso político— está el mote burla: Rosaurio. No sólo decrépita sino un reptil, que él ahora lleva al brazo, mientras ella finge quererlo como si fueran una pareja verdadera. Una ficción dentro de otra, y él asqueado, protagonizando frente a los albañiles la farsa amorosa.

En su tragicomedia nacional Domínguez se revela otro, un ser que quiere salir de su condición, un hombre de todos los tiempos, valiente y heredero de un coraje impensable, cuando sabe que todo está perdido y se prepara para la peor batalla de todas: una entrevista de trabajo:

Sin tiempo que perder debía simplificar todo a un acicale feliz y salir arreglándose los detalles y los documentos ya en camino, alinear la corbata y en la entrevista fingir un loco entusiasmo por la vida, saludar resueltamente, sonrisa generosa, postura erguida, optimismo de *cracked actor*; dibujar un hombre, un árbol y una casa, escribirles una historia atrás, ¿de la hoja o del objeto?, del tiempo. En realidad se trata de excogitar una labor que lo haga sentir vivo.

Es un sujeto memorable. Podría ser un paladín de la justicia oficinesca, podría ser un escritor frustrado, pero él tiene su heroicidad a prueba de acción: se sienta en el sofá mullido y rumia la existencia, como hacemos todos cuando sabemos que aun cuando nos movamos de acá para allá, todo, todo, está perdido, y en eso termina la historia tan singular que da risa pero no, da pena. Domínguez da pena. Pero no lo invitamos al cine ni a conversar, y si lo vemos en la calle procuraremos evitarlo. Un saludo. Un concentrado de sus pasiones. Un arrebatado del mismo sitio. El acto de ser uno mismo puede ser una catástrofe. Para eso sirve la imaginación: para poder imaginar cómo seríamos si..., qué sería de nosotros si... Hay que salvarnos de pensar, y, lo más recomendable, de escribir. Para no volvernos locos. 



Édgar Pérez Pineda
Vida mía
 México, Ediciones Tintanueva
 2010, 75 pp.